

## CONCENTRACIÓN EN LA SABANA DE SAN JUAN

A la entrevista concertada con el Gral. Martínez Campos le precede la llegada imprevista del Mayor Gral. Vicente García a San Agustín del Cauto jurisdicción de Cuba, donde pasa a visitarle el Gral. Maceo por haber sido llamado con toda urgencia por García. Resultado de la conferencia que tuvieron en la noche de la víspera de la visita del Gral. M. Campos.

Contestadas con las mejores formas y en buen sentido por el Capitán Gral. Sr. M. Campos, la carta que le transmitiera el telégrafo del Gral. Maceo; y convenidos por otra posterior en el día de la entrevista que, de mutuo acuerdo la fijaron en la Arboleda de *Mangos de la Sabana de Baraguá* donde estuvieron en pie los corrales del hato; y á condición, de que cada parte pudiera concurrir con el No. de 60 personas; entonces el Gral. Maceo para estar mejor situado o más próximo, creyó oportuno trasladar el cuartel del río Barigua, donde se hallaba para la orilla de la sabana de San Juan, con el concurso de los Jefes y fuerzas pertenecientes al Cuerpo de Ejército de su mando; y con el fin de esperar el día de la cita fijada para el 14 de marzo, por razón de tener el General en Jefe Sr. M. Campos comprometidas otras entrevistas por Cauto del Embarcadero, donde se hallaba, y después en Manzanillo; que así lo había avisado en tiempo por conducto del Tte. Gral. Gefe de E.N. Sor. Prendergast a la sazón en Stgo. de Cuba, desde donde pasará un aviso telegráfico al Gefe de Miranda Sor. Polavieja para que este lo comunicase al Gral. Maceo por escrito como así lo hizo.

En aquel corto plazo de espera, y precisamente la víspera del día 14, que era el prefijado para recibir al Gral. M. Campos, recibe Maceo una comisión del Gral. Vicente García el que desde las Tunas á marchas forzada rendía la última jornada en el Asiento de la Hacda. Sn. Agustín, en la margen derecha del Cauto, en solicitud de ver el General Maceo; pero con mucha urgencia y quedándose á pesar del objeto

de su rápido viaje en el punto que se cita, a dos leguas justas de la Sabana; de San Juan que hubiera podido andar en tres cuartos de hora.

Claro está que luego que Maceo quedó enterado de la presencia del Gral. V. García en S. Agustín dispuso la preparasen su caballo para acudir a la cita; prestándose a acompañarle los Coroneles Silverio del Prado, Arcadio Leyte Vidal, Pedro Martínez Freire, Guillermo Moneada y Leonardo del Mármol; los Tenientes Coroneles Fernando Figueredo, Miguel Sta. Cruz Pacheco y J. Lacret seguidos de otros oficiales que más deseaban saber con qué fin provocaba aquella conferencia el General V. García, que el de marchar a molestarse para saludarle; causando además natural extrañeza aquel empeño del Gral. García cuando ninguno hacía memoria de que en toda la guerra hubiera pisado ningún punto de la jurisdicción de Cuba.

En marcha Maceo y sus acompañantes llegaron a la puesta de sol a Sn. Agustín; y reunidos en la tienda de campaña de García, éste y Maceo se saludaron como si hubiesen sido consecuentes amigos y compañeros; y acto seguido sin haber demostrado Ga. que guardara ningún resentimiento, ni por el contenido de la Carta que recibiera de Maceo en Julio del año anterior; y sin que menos hiciera memoria del desaire que recibiera por medio de los emisarios los Capitanes Deymers y L. Caballero cuando fueron á pedir la ejecución de Rodríguez, Gómez y Collazo de quienes dimos cuenta; y finalmente, sin querer que allí se tratara nada del pasado en lo cual anduvieron atinados, García entabló su conferencia diciéndole a Maceo; que por la certeza que tenía de que iba á tener una entrevista con el Gral. Martínez Campos, había querido cumplir con un deber de patriotismo llegando a buscarlo antes de que se verificara para ponerlo al corriente de todas las miserias ocurridas en las otras conferencias, donde los traidores habían casi logrado causar la ruina de la República; siendo por demás lastimoso, que cuantos habían intervenido en los pasados arreglos ninguno hubiera puesto ningún empeño en conseguir mejores ventajas con el Gral. M. Campos, con el que no había querido entenderse para nada por el convencimiento de que ofrecía muy poco. Y ya que según sus deseos se hallaban los dos reunidos, estaba en el deber de aconsejarle que no debía concurrir a ninguna entrevista aunque la tuviera concertada con el referido Sr N. Campos puesto que nada conseguiría, lo mismo que con cualquier otro Gral. español, bastando para salir del compromiso que por escrito le dijera que ya no podía concurrir a la cita en Baraguá por particulares motivos y más que todo perjudiciales a la causa de la Independencia si se resolviera a dar el paso

que debía evitar; y que enviaba la carta en el sentido propuesto debiendo los dos ponerse de acuerdo para seguir adelante con la guerra, persuadido de que la insurrección tomaría de nuevo cuerpo cuando se supiera por Cuba y el extranjero que tenían concertado tal empeño con el único fin de ver si salvaba la República; y con cuyo paso también se podía conseguir que, desistiesen aquellos de los insurrectos dudosos que aun no estaban del todo comprometidos; lo mismo que muchos de los afiliados al convenio con excepción de los Autores y de los Jefes que los apoyaron porque de éstos solo podía esperarse mal, en cualquier tiempo.

Mucho más que nos contara uno de los concurrentes a la entrevista, le dijo el Gral. Ga. a su visitante el Gral. Maceo en la conferencia que celebraron por vez la. y última junto al Cauto; pero a juzgar por el resultado no fue lo bastante el razonar del Gral. Ga. para que con sus consejos y proposiciones pudiera coartar la voluntad de Maceo, ni que consiguiera borrar los hechos y antecedentes de que era responsable y será en todo tiempo ante la historia. Y tampoco pudo conseguir que Maceo le soltara ninguna prenda, respecto de futuras intenciones; que ya este Jefe, después del desengaño que experimenta con su íntimo amigo el Gral. Gómez, se había puesto incrédulo y receloso en aquellas tumultuosas circunstancias, por cuya razón se le notaba que quería marchar tanteando el terreno en que iba a afirmar la planta y así no era posible que pudiera convencerlo el Gral. García, en sólo un par de horas de conversación, leal o falsa, de la utilidad de su alianza al presentarse a ofrecérsela; ni menos de que se le afiliara como subordinado para el ejercicio de la guerra. Y de cuanto se tratara que le contestase: que si bien estaba en lo cierto de que le había escrito al Capitán Gral. Sor. M. Campos de cuyo personaje tenía dos cartas, también lo era de que al escribirles había puesto particular cuidado en advertirle que no le buscaba para tratar de la paz, sino para después de tener la honra de conocerla, que le hiciera saber los grados de compromisos que pudieran tener con su Autoridad los que no dependían de su mando; por quienes había sido arreglado el convenio y algún tanto de lo de la suspensión de las hostilidades.

Hasta ahí lo más interesante de lo que estaba pasando bajo aquellas tiendas de campaña: y como que la noche había avanzado mucho y no entraba en los planes del Gral. Maceo el faltar por ningún motivo a la entrevista que procurara con el Gefe español Sr. M. Campos, así hubo de hacérselo entender el Gral. Vicente Ga. en el acto de despedirse; y no sin que también dejara de convidarle para que se trasladasen para el

Cuartel de la Sabana de S. Juan con el objeto de que también concurriese al acto de la entrevista de la siguiente mañana en vista de que ya se estaba aproximando porque faltaban pocas horas.

El Gral. Ga. quiso excusarse de lo que Maceo acababa de proponerle; y en su lugar le prometió que sin moverse de aquel sitio esperaría el resultado de la conferencia con el Jefe español, como de otro cualquier acontecimiento que le siguiera; en lo que quedaron conformes, despidiéndole Maceo seguido de los que fueron junto con él, más el médico Martínez, el Comandante Zayas Bazán y otros oficiales de los del cuartel de García, todos los que llegaron a la Sabana de Sn. Juan sobre la media noche.

Y ahora que nos hallamos en el Cuartel del Gral. Anto. Maceo en la Sabana de San Juan, en el que se ha repetido el toque de silencio, dejaremos que sigan entregándose al reposo del sueño a los que rendidos por las fatigas del hambre y el cansancio tenían andadas cuarenta o 50 leguas para no faltar a la concentración ordenada por Maceo, desprendidos si se quiere de lo que tuvieran que ver y pasar a lo sucesivo.

Podremos también dejar a aquellos que, de una hamaca a otra, o en camas de cujes seguían formando conjeturas de lo que podía ser el porvenir de la revolución si era que no se aceptaba la paz, que era a la verdad el tema principal como no podía menos de serlo cuando casi la totalidad de los que allí estaban habían demostrado su encono contra los que directa o indirectamente habían intervenido e influido en los arreglos del pacto, sin contar para nada con el concurso de los veteranos de Oriente; confesando mutuamente, los que ventilaban la cuestión en aquellas altas horas de la noche y con muchísima razón de que debían haberlo hecho adrede o de propósito, temerosos de que no se les hubiera consentido ninguna proposición de arreglo ni siquiera tenido conferencias; pero previendo, que al estar consumado los hechos el porvenir tenía que presentarse oscuro y sangriento, en fuerza de que cuanto se negara el derecho de que defendían un principio, tenía que ser fusilado todo el que cayera prisionero con armas o sin ellas; y por que también las masas de soldados españoles apoyados por las guerrillas de cubanos movilizados vendrían a caer enteras sobre los que tuviéramos la abnegación o el valor de protestar, por la razón de que en los otros departamentos poco o nada les quedaría que hacer a los españoles por haber conseguido apaciguarlo. Y mientras que nuestros dos interlocutores siguen engolfándose en sus atinadas consideraciones con las demás que se les ocurran, podremos dejarles para poner atento oído a otro diálogo entablado, en rancho separado,

entre dos coroneles, en que por lo visto el uno estaba en el empeño de que su compañero le explicase, cuál podría ser el móvil oculto del viaje tan precipitado del Gral. Vicente García, en que caminara tantas leguas para llegarse a pedirle a Maceo que por ningún motivo acudiera a tener entrevista con el Gral M. Campos ni con ningún otro Gral. Español.

Cuando más bien, arguyó el que contestaba, debía haberse opuesto a tiros contra sus vecinos del Camagüey, los miembros de la Cámara y del Gob°. para que ninguno hubiera podido determinar ningún arreglo; siendo entonces mejor y más oportuno la ocasión de que hubiera acudido al General Maceo haciéndole ir a su lado para que le hubiera ayudado a deshacer la enmarañada trama de las conferencias.

¿No es así, ahora que me estás oyendo, cómo piensas que debió haber obrado?

Pero como el General Ga., continuó el mismo sujeto, tiene o debe tener la conciencia alarmada desde la deposición de Céspedes, que consta, que en gran parada allá en Tunas, la hizo aplaudir y vitorear por las fuerzas de su mando, como lo hizo consignar en los oficios que firmados de su letra remitiera al Gobierno de Santa Lucía que herido el poder en aquellas revueltas origen de nuestros males; y como siempre ha tenido el mal acierto de continuar a peor, sembrando la discordia hasta llegar a la vista con el pronunciamiento de Sabana de la Mar, donde soltó la tempestad de su «Reforma»; de lo principal, de lo demás de aquello y de lo otro que ahora anda lelo, dando traspiés y empeñado en atar cabos por el natural temor de que lo dejen solo para que se las arregle con los españoles».

«Conque ya tienes explicado el móvil de ese precipitado viaje hasta San Agustín, para ver si conseguía alucinar al Gral. Maceo del que se sabe tiene necesidad para sus fines particulares».

Comprendido, le contestó el oyente al compañero; pero hasta el presente, este General al que tanto flagelas, al menos en las apariencias, que es cuanto debo conocer, ha venido a demostrar que ha querido cumplir con el último deber al acercarse a Maceo para aconsejarle, que no debe efectuar ninguna entrevista con ningún Jefe español; y que más bien obramos cuerdamente concertándosele para el sostenimiento de la guerra.

¿Deja esto de ser un gran golpe de buen General?

No podemos estar de acuerdo, le arguyó el amigo, y te daré mis razones. ¿Con que fundamentos se atreve el General Vicente García a

suponer que el General Anto. Maceo haya buscado al General Martínez Campos para tratar del arreglo de la paz en Oriente? Tan solo porque Maceo le haya escrito y aquel Sor. le haya contestado? No le hizo Maceo, en su carta la salvedad de que no le buscaba para tratar? ¡Quién sabe, si más bien, este General Maceo, en su política intenta descubrir a los que en el fondo puedan estar comprometidos! Que ya los vientos que corren murmuran, que muchos de los tapados han tenido conferencias secretas!

¿Por qué, esta misma noche, allá en San Agustín, ha podido adelantar tu General Ga. que el General Martínez Campos ofrece muy poco? ¿De dónde pues, ha podido adquirir ese convencimiento?

Y ahora que parece llegado el momento de poderte contestar a los que agregaste, diciendo que era un gran golpe de buen General; porque lo de bueno y grande es según se quiera interpretar. Mira, yo sería capaz de dejarme coger prisionero en la primera agarrada con el enemigo para que me fusilen, siempre que me cites otro General Cubano que desde nuestro terreno haya podido favorecer mejor la causa de los españoles que tu defendido el Gral. Ga. por la razón de que desde mucho antes de la deposición del Presidente Céspedes, al que sea dicho nunca quiso obedecer, siempre ha seguido en la misma actitud con los demás Gobiernos como lo prueban estos últimos acontecimientos cuyos funestos resultados estamos tocando; y por haberse iniciado en lo de querer dar grandes golpes, desoyendo la opinión de la mayoría, ve ahora como se cumplen los vaticinios de la carta del General Maceo; y es consiguiente que le haya sobrecogido el temor de que al escribirse la historia de nuestra revolución se le forme como a cada actor el proceso con sus correspondientes cargos; y de ello que haya pensado, aunque tarde, en buscar el apoyo que por sus desaciertos ha ido perdiendo para ver si así logra subsanarse en su agonía de hombre público.

«Pero como advierto que dudas o me contradices con tus meneos de cabeza, aguza el oído que quiero darte lectura de sólo algunos párrafos de la contundente contestación del General Maceo a la carta del General García en que le invitara para que le secundara en el movimiento de *Sabana de la Mar* y cuya copia he podido conservar en mi cartera de piel de juna; y desde luego daremos por terminada nuestra conversación, que ya me rinde el sueño y es necesario dormir porque después del toque de diana debemos estar bien despiertos para cuando vayamos a conocer a ese poderoso Sor. D. Arsenio con toda su gente».

«Oye bien lo que le pronosticaba el General Antonio Maceo al General V. García en la que le contestó desde ese mismo San Agustín el día 5 de Julio para que le llevaran la carta los Coroneles Guillermo Cardet y M. Fonseca que fueron los portadores de la de Ga. cuando ya estaba sublevado contra el Gob°. de nuestra República.»

Y oímos que pausadamente leyó lo que sigue.

Ya es tarde que V. vea que los españoles puedan concluir con la existencia de la República; no obstante, sométase al Gob°. constituido y verá desaparecer esa situación V. advierte y teme.

«Siendo repetidos por V. los actos de desobediencia al Gob°. y a las leyes del País y á lo que pide la mayoría, le sucederá ahora lo que el 75 y aún creo más, que el pueblo con el derecho que le asiste se verá en el caso de exigir a V. estrecha responsabilidad de sus actos, inconvenientes a los intereses patrios.»

«Después del terrible Juez, el Pueblo, vendrá la historia que juzgará imparcial y sinceramente de sus hechos públicos.»

«Era y es de suponer que a V. no le guía otro móvil que el de la ambición personal, puesto que detuvo la marcha del contingente con destino a las Villas y dando lugar con ello a que aquel Cuerpo de Ejército y su Jefe no llevaran la revolución a Occidente.»

Hasta las últimas sílabas lo que pudimos oír en aquella memorable madrugada del 14 de Marzo, en la que hemos dicho que dormía la casi totalidad de los insurrectos que habían concurrido al cuartel general de Maceo, esperando la hora del próximo toque de diana para alistarse y marchar con el objeto de ver de cerca al capitán Gral. Sr. Martínez Campos; y en la que nosotros también, cansados de oír juzgar y predecir, empezamos a sentir los primeros bostezos, precursores de un sueño, que si bien tenía que ser de corta duración, haría por lo menos descansar a nuestro cerebro, debilitado por los ayunos de tantos años y en aquella noche aturdido con las muchas ideas y versiones recogidas en aquellos solitarios y memorables lugares que sólo podremos olvidar en la otra vida.

Y como que al fin nos quedamos dormidos es de suponer que hagamos un descanso en este trabajo, en la seguridad de que al levantarnos vendrá algún compañero a ofrecernos la correspondiente jícara de «Cuba libre» que suple otra de café y con ella quedaremos en aptitud de atender con nuestros sentidos a lo que veamos y oigamos en la imponente ceremonia de la gran entrevista al aire libre, que sin duda por un acto de cortesía,

dejaremos la presida nuestro común adversario el General en Jefe Sor. Martínez Campos el que muy bien puede suceder se haya acostado a las mismas horas, si no convencido al menos esperanzado de que al llegar a los *Mangos de la Sabana de Baragua* podrá cerrar con frases laudorias de buen efecto, promesas políticas, y otro abrazo como el de Vergara, la historia de la sangrienta y cruda guerra que se iniciara en Yara a lo Demajagua del 9 al 10 de Octubre de 1868.